

Un verano en la granja

La granja de Josep amanecía cada día con el canto de Kukire, un orgulloso gallo de fino plumaje y acento francés. Enseguida el sol despuntaba por las montañas bañando con su cálida luz el granero y los gallineros. Los cerditos gruñían “oinc, oinc” porque ya tenían hambre, las vacas, que eran muy presumidas, mugían “muuu” para que alguien las viniera a cepillar y el resto de animales: los patos, gansos y ocas, las gallinas y también las ovejitas comenzaban a organizarse para su paseo matutino. El que siempre estaba más tranquilo era Norman, un caballo percherón de poderosas patas y un flequillo que ocultaba sus ojos de color avellana.

La esposa de Josep se llamaba Claudia y era una mujer muy trabajadora, y paciente, nada conseguía enfadarle y siempre ayudaba con todas las tareas de la granja. Claudia, además hacía los mejores pasteles de zanahoria y nueces de toda la comarca. Con ellos vivían sus dos hijos Martina, que ya tenía ocho años y Juanito que solo tenía seis. Lo que más les gustaba a los niños era jugar con los patitos en el estanque y como durante las vacaciones de verano disponían de mucho tiempo libre, también acompañaban

a su papá al campo sentados en un remolque de paja arrastrados por el viejo tractor.

Esa mañana cuando regresaron del bosque de los Chopos, Claudia dijo a los niños:

—Entrad en el huerto y coged unas fresas, porque esta tarde tengo pensado hornear un rico bizcocho—

Los niños, que no se hicieron esperar, estaban encantados con la idea, el bizcocho de fresa era además uno de sus favoritos. Entraron en el huerto seguidos de Blenie un enorme perro Bernés siempre atento a las oportunidades de divertirse con los niños.

Atravesaron las cañas de tomates, las habas y los guisantes, caminaron con cuidado para no pisar las patatas y llegaron al terreno de las fresas y las zanahorias, pero...

—¡Mamá! ¡No hay ninguna!—

Claudia no podía oírles con los ruidos de los pucheros y los niños corrieron hasta la cocina.

—Mamá..., —dijo María muy cansada por la carrera. —¡Las zanahorias y las fresas han desaparecido!

—Sí, mamá, —le confirmó Juanito que acababa de llegar. —¡No queda ninguna!

Claudia se asomó a la ventana y como siempre hacía, llamó con potente voz a su marido: —¡¡¡Josep!!!

En la granja no necesitaban teléfono para comunicarse.

Josep estuvo con los niños en el huerto un buen rato y por fin descubrió un buen agujero escarbado por debajo de la verja:

—«seguramente que han sido los conejos»..., —dijo con voz pensativa.

El domingo siempre era un día muy especial. Por la mañana todos los granjeros iban al mercado del pueblo. A Martina y Juanito les encantaba visitar la librería de la señora Gertrudis, especialmente las estanterías de cuentos antiguos. Este era un lugar misterioso y repleto de sorpresas, de libros de viajes a lugares lejanos, toda clase de aventuras, de tesoros perdidos, de batallas de piratas y princesas asomadas a la ventana de un castillo. Verdaderas joyas que después formarían parte de las estanterías en sus habitaciones.

Brooksville era un pequeño pueblo del estado de Maine rodeado de montañas, valles y campos de cultivo. En primavera olía a miel de mil flores y hierba recién cortada. Hoy había una celebración muy especial, “La fiesta de la manzana”. Todo Brooksville lucía sus mejores galas. Había una orquesta de seis músicos y baile, un concurso de calabazas, otro de pastel de manzana, carreras de sacos, lanzamientos de pelotas de trapo sobre unos botes, pequeños puestos con dulces, palomitas, algodón de azúcar y un tiovivo de madera que funcionaba a pedales. Sin embargo, lo más divertido era la competición de las manzanas bañadas en caramelo.

Era un juego por parejas, que tenían los ojos vendados y debían poner sus manos atrás. Las manzanas bañadas en caramelo colgaban de un hilo y cada pareja debía mordisquear la manzana

sin tocarla con las manos mientras sonara la música. La pareja que terminaba antes con la manzana recibía un premio consistente en el peso de la chica en vino y miel.

Este era el juego preferido de Josep y Claudia. En realidad, durante este juego, se dieron su primer y accidental beso cuando todavía eran unos jovencitos.

Había ocho parejas de concursantes de diferentes edades y el alcalde Bernat volvió a recordar las normas del juego: —¡Si alguien toca la manzana con las manos, quedará descalificado! —

A continuación, hizo sonar un gong y comenzó la música.

Cuando terminó la música, los jueces decidieron que la manzana con más mordiscos era la de Josep y Claudia.

Había una enorme balanza de madera y mientras todo el pueblo aplaudía a los nuevos campeones, Claudia se sentó en uno de los platillos de la balanza como si fuera un columpio.

En el otro extremo los jueces comenzaron a colocar cestos de mimbre con miel y vino. Josep se acercó a Claudia y le susurró al oído: —“Cariño, me alegro de que no te pusieras a dieta” —

Fue un domingo inolvidable, los niños tenían dos nuevos libros en su colección: “Los viajes de Gulliver” y “Viaje al centro de la Tierra”. Estaban deseando llegar a casa para disfrutar de sus nuevas lecturas.

Sobre la chimenea descansaba el merecido trofeo de las manzanas bañadas en caramelo y después de la cena pudieron relamerse con una dulce tarta de frutos rojos: arándanos, moras y unas fresas que Claudia había comprado en la feria.

Josep le regaló esa noche una joya muy especial, se trataba de una medalla con la constelación IMU, que colgaba de un cordón de oro.

La Luna se ocultaba tímidamente entre las densas nubes y Kukire saboreaba un caramelo de menta y limón para aclararse la voz. Los lunes debía entonar su canto con más fuerza que cualquier otro día. Mientras tanto, los conejos, que eran muy traviesos, volvían a visitar el huerto de Josep, esta vez para arrastrar algunas coles y apios hasta su madriguera.

Al día siguiente, los niños estaban en el bosque de los Chopos y los acompañaba Blenie, el perro. Debían coger muestras de las hojas de los árboles para un trabajo del colegio. Ya tenían una buena cantidad de hojas de muchos árboles diferentes: Abedules, Robles, Fresnos, Acacias, Sauces, Alcornoques, y muchos más. Algunas hojas eran puntiagudas, otras redondeadas, con dientes, estrelladas, anchas, delgadas..., había muchas para escoger.

Esa tarde Josep había reparado la verja del huerto para evitar que los conejos continuaran llevándose sus hortalizas.

El tiempo transcurría lentamente en los campos de Maine y los niños ya habían regresado alegremente a casa.

Mientras la oscuridad de la noche caía sobre los tejados de la granja, los niños pegaban en sus libretas la colección de hojas que habían encontrado en el bosque.

Unos troncos crepitaban en el fuego de la chimenea y Josep tocó varias canciones con su violín.

María le preguntó a su mamá:

—Las olivas salen del Olivo, las avellanas del Avellano, las castañas del Castaño, pero ¿y las nueces?

Y Juanito, que era muy valiente respondió: —Las nueces salen de los “nuezos”.

Y todos reían con las ocurrencias del pequeño Juanito...,

—no, hijo, las nueces crecen en el Nogal—

—¿El Nogal, mamá? —¡Son las que me ha regalado María!

—¡Tenemos muchas ganas de volver al colegio y enseñarles nuestro trabajo a los demás niños!

—Muy bien, ahora recogerlo todo, lavaros las manos y ayudar a papá a poner la mesa, que enseguida vamos a cenar.

Después de cenar, los niños se sentaron a los pies de la chimenea y le pidieron a su madre que les volviera a contar la historia de IMU

El cielo se cubría de estrellas mientras que en los corrales los cerditos se rascaban la espalda contra la verja para sacudirse el barro y Kukire, el gallo, ya se había ido a dormir.

Claudia comenzó su historia, un cuento que ya se sabían de memoria:

— Imu era la estrella más pequeña de su constelación y sin embargo tenía una enorme responsabilidad. Ella debía ayudar a todos nosotros a recordar el olor de la hierba, el denso movimiento de las nubes, la piedra que rebotaba en el agua o los patitos que se tropezaban siguiendo a su mamá hasta el estanque..., cada maravilloso recuerdo era una experiencia IMU. Y cuando tu padre me regaló esta joya cerré los ojos para retener ese momento toda mi vida.

Después nacisteis vosotros y comprendimos que IMU había vuelto a visitarnos y que no solo debíamos pensar en todos los emocionantes momentos que ya habíamos vivido, sino también en todo lo que nos quedaba por vivir...

Quizá no lo parezca, pero en una granja pasan muchas cosas. Hoy por ejemplo recibirían la visita de Román, el veterinario, porque una de las vacas, Clotilde estaba a punto de tener un bebé. Esta sería la primera vez que los niños verían el nacimiento de un ternero.

Román se había puesto una bata verde, unas botas de agua y unos grandes guantes de goma. Ahora, mientras sujetaba la enorme panza de Clotilde, les dijo: —¡Ya está todo a punto!, hoy tendréis un nuevo miembro en la familia.

Clotilde debía estar muy cansada, por que se recostó en una mullida cama de paja, minutos después el doctor con la ayuda de Josep consiguió sacar el nuevo ternero. Era de color marrón, como la madera y tenía unos enormes ojos que lo miraban todo «claro,

era la primera vez que veía una granja», intentaba ponerse de pie, pero volvía a caerse, y los niños no podían dejar de reír. El ternerito, cada vez que resbalaba en el suelo hacía un ruido como de “flipp”, así es que los niños decidieron que le llamarían Flipp.

La vida en la granja daba mucho trabajo, pero también tenía muchas recompensas y Flipp era una de ellas. Ese fue un buen verano en el que los niños completaron su colección de hojas de árboles, jugaron muchas veces con los patitos en el estanque, abrazaron a sus padres cuando ganaron el concurso de las manzanas y también vieron por primera vez el nacimiento de un ternerito. Todas esas fueron sus experiencias IMU.

Esos preciosos recuerdos los acompañarían siempre y entre paseos por el campo, los cantos de Kukire y las tartas de zanahoria y fresas, el otoño se aproximaba con sus frías mañanas de lluvia y rojos atardeceres.

Los niños regresaron muy contentos al colegio, tenían muchas cosas que contar porque habían vivido momentos inolvidables. Josep y Claudia siempre les decían que para ser ricos no hacía falta tener mucho dinero. Al principio no lo entendían muy bien, pero pronto comprendieron que la vida en la granja y en el pequeño pueblo de Bloomsbury les traería muchos momentos felices.

La maestra decoró las paredes de la clase con las cartulinas de hojas de árbol, y los niños se sentían muy orgullosos del resultado de su esfuerzo.

Blenie, el perro correteaba detrás de los conejos mientras la chimenea de la granja humeaba con un nuevo fuego, caían los primeros copos de nieve y los niños regresaban del colegio.

A lo lejos, los gansos remontaban el vuelo y los árboles ya se habían enrojecido. Josep estaba con Claudia junto al fuego y tocaba el violín, los niños llegaron enseguida y cerraron la puerta tras de sí. Esa noche todo se vestiría de blanco y los tejados se cubrieron de una nieve densa y suave. IMU les ayudaría a no olvidar cada uno de esos instantes.

Al día siguiente, como era sábado y no había colegio, toda la familia pudo jugar en la nieve con el trineo del abuelo y la paz de la vida en el campo volvía a arropar a toda la familia.

Fin



Manuel Julián

©Un Verano en la Granja. Adaptación para IMU experiencias.

mandarinasdepapel.com